

# Centenario del Buen Amor

por: Orlando Márquez

Enero 30, 1895

Serrá queridísimo:

*Por donde quiera que yo ande, hablo de Ud., hablo con Ud., espero en Ud., coraza contra toda maldad, flor de toda temura, y hermano mío. Esté yo aquí o allá, haga como si lo estuviera yo siempre viendo. No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar.*

*Un beso a Consuelo*

Su  
Martí. (1)

**H**an transcurrido 100 años de una muerte que arrebató a quien debió ser, por lógica, por continuidad histórica, por consecuencia natural de una acción inigualable y hermosa, el cimiento presente de la nueva república. Las balas hicieron blanco en el error, pues era un error que aquel cuerpo estuviera en el campo de batalla. Su diario de campaña fue escamoteado sin escrúpulos; quien arrancó las páginas de aquellos últimos días, arrancó también la verdad que podía haber aclarado la presencia de José Martí en medio de la balacera diabólica.

No vale la pena especular o parir una ficción cues-tionándonos qué habría sido de nuestra historia si hubiera muerto a los 75 años en lugar de a los 42 años; podríamos recrear así un cuento hermoso, un relato idílico que nos permitiera deleitarnos en una situación más feliz de la historia de nuestro país.

Ello no cambiaría sin embargo nuestra situación. Nuestra historia es la que es: de logros y desastres, de nacimientos y abortos; de esperanzas y frustraciones. Nuestra.

Pero la historia no ha concluido, no concluye mientras existan hombres, y se escribirá mejor mientras hayan hombres buenos para alzar la verdad que hombres malos entierran. Tan cierto como la vida misma es que no hay nada que permanezca oculto demasiado tiempo. Mientras llegan esos días, mientras los historiadores trabajan para mostrar

cada átomo desnudo de la vida nacional, mientras no sepamos que ocurrió exactamente con José Martí en los campos cubanos entre abril y mayo de 1895, o aguardando a que se diga la penúltima palabra sobre él, prefiero pensar en el hombre de buen corazón, en el hombre que amó como pocos y que, sólo por amor, fue capaz de realizar obra tan vasta. Amor a Cuba y a los hombres que en ella habitaban y habitarían. Ciertamente renunció al amor de la familia propia y carnal para dedicarse por completo a la obra de la independencia. Resulta que tan esplendorosa cosa como el amor es la vocación. Cuando es vocación cierta, racional y consciente, puede desarrollar fuerzas tan portentosas que los incomprensivos nunca entenderían. No es de locos alejarse de la familia para dedicarse a una empresa nacional, tampoco lo hacen todos porque no todos tienen que hacerlo. Hay una acumulación interna de razones, de juicios, de aspiraciones altruistas, de reflexiones largas y solitarias; de eternos insomnios, de alejarse para estar más cerca de todos. Se aprende a aceptar la ingratitud, la crítica, la traición, la soledad...; hay una vida dentro de la propia vida que no todos pueden ver y no todos pueden comprender; pero uno sabe que es así como se debe obrar: es decir la palabra correcta cuando las voces se han silenciado; es dar el paso cuando muchos se sientan; es ser luz en la noche o ser, como él mismo expresara "una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada". Es saber que se lucha contra fuerzas poderosas o se sobrevive contra todo pronóstico, es aceptar la vida propia y la ajena con la convicción de que los coágulos ganarán calor de aquella gota insignificante e insigne, y el torrente de sangre volverá a ser puro, limpio y vital como antes.

José Martí sentía así, de lo contrario no habría podido realizar su obra. José Martí amaba en abundancia; de lo contrario no habría podido soportar el peso de los caudillos cubanos que encontró en su tarea de convocatoria, a quienes unió y reanimó una vez más, en el amor a la libertad del país; no habría podido -menos aún- poner en sintonía de interés al exilio disperso y transculturado con los que permanecían en el país. Sólo cargado

de amor podía anunciar a los cuatro vientos que la guerra en Cuba no sería contra los españoles sino contra el sistema colonial que mantenían en el país y ello, después de haber gastado litros de tinta en innumerables escritos tratando de explicar a España por qué los cubanos anhelaban la libertad como antes los españoles la anhelaban, y la buscaron y conquistaron, bajo el dominio de la cimitarra morisca.

La misma guerra que él concibió, preparó y ejecutó no era la batalla aventurera del guerrero ni el ímpetu enfermizo del domador de hombres. Era la "guerra necesaria" cuando ya los recursos de la disuasión estaban agotados y el último grano de esperanza en el amo español había desaparecido. Una guerra como la concebida por él solo se levanta en el amor a la libertad y al hombre enemigo errando que, engeguedado en su soberbia, no puede distinguir ya el bien del mal. Lo positivo y digno de esta guerra cubana por la independencia no estaba únicamente en la osadía y bravura de los combatientes, en su desprecio al coloniaje, en el heroísmo de centenares de hombres mal apertrechados luchando contra toda una corona europea, ni tampoco en las decenas de seres que pudieran morir diariamente por la libertad de su país. El valor no radicaba tanto en el acontecimiento bélico como en la concepción que dio Martí a ese acontecimiento. La grandeza del significado de esta guerra se descifra en el "significante" de esta guerra: José Martí, quien desató todas las fuerzas de esta empresa. La empresa estaba destinada al triunfo, porque Martí nunca perdió la dimensión del hombre.

El amor al hombre todo constituye la fuente de la acción libertaria de José Martí. En carta dirigida a Fermín Valdéz Domínguez, Martí expresa: "por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana" para añadir seguidamente: "Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan, por ahí, el amor y la amistad". (2)

Pero quizás, una de las pruebas más evidentes de verdadero amor a una causa, al hombre y al país, sea la carta que, en octubre de 1884, dirigiera al Máximo Gómez. En ella Martí expone con toda sinceridad, sin paños tibios ni rodeos su oposición a la actitud autoritaria de Gómez, secundada por Maceo. Pero no es la nota irrespetuosa, ofensiva o de interés personal. No. Es el gesto amoroso del hombre ilustrado que se esfuerza por hacer ver el error del otro y, cuando no es posible, se aparta, se hace al anonimato si es preciso, para no herir, para no estorbar, para no ofender, para no dejar de amar.

Mucho queda aún por aprender de José Martí. Sus ideas no reinan aún entre nosotros. El hecho de que haya muerto a temprana edad no lo pode-

mos alterar, pero si podríamos cuestionarnos qué podría ocurrir si su pensamiento estuviera más presente en los ciudadanos. No "slogans" - según Lenin "tan efectivos como la artillería"- oportunistas de conveniencia repetidos fuera de contexto hasta la saciedad. No. Se precisa el dar a conocer una vida que pueda inspirar la nuestra. Todavía me pregunto qué fuimos a buscar a Europa, cuando tenemos algo especial en nuestro país.

No fue infalible, lo sabemos, pero amó mucho, hasta el final, aquel 19 de mayo de 1895, mientras desafiaba el fuego enemigo, como si fuera al encuentro de las balas que le estaban destinadas; como si hubiera llegado una vez más el momento de apartarse (3), llevando el secreto de las diferencias con los otros jefes del ejército, revólver en mano sin haber disparado una sola vez, sin haberlo usado ni siquiera contra el aire. ¿Habría sido capaz de matar? □

#### Notas:

- (1) Carta a Rafael Serrá.
- (2) Carta a Fermín Valdéz Domínguez / New York, Mayo de 1894. Colección de Libros Cubanos a cargo de Fernando Ortiz, Vol. XXI, José Martí, Epistolario, Tomo II, Editora Cultural S. A. 1930.
- (3) En carta dirigida a J. A. Lucena, con fecha 9 de Octubre de 1885, Martí hace alusión a sus diferencias con Gómez y escribe: "¿Cómo serviré yo mejor a mi patria? Me pregunté. Yo jamás me pregunto otra cosa. Y me respondí de esta manera: 'Ahoga todos tus ímpetus; sacrifica las esperanzas de toda tu vida; hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto; mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien'. Y sin oponerme a los planes de nadie, ni levantar yo planes por mi mismo, me he quedado en el silencio, significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifican por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella..." / La Revolución de 1868, José Martí, Instituto del Libro, La Habana, 1968.